



Unión Europea y coronavirus

POR DANIEL BERZOSA

El arrollador y orgulloso *nuevo orden mundial* (de cuya realidad es una proyección incuestionable nacional la expresión «volver a la *nueva normalidad*», que hemos oído de boca del presidente del Gobierno y seguimos oyendo por sus canales políticos y mediáticos en España, y no, sencillamente, «volver a la normalidad») trabaja y abona incansablemente el descrédito y, cuando puede, la destrucción de cualquier creencia firme religiosa y, en particular, si proviene de la fe católica. Solo quedan a salvo sus propios postulados relativistas y hedonistas —tampoco se salva realmente la libertad—, que han adquirido la categoría de dogmas, a los que se debe paradójicamente obediencia religiosa y, en caso de resistencia, se responde con su implantación totalitaria. De suerte que, en las sociedades donde impera o se extiende esta concepción de la existencia, se generaliza de forma intransigente el postureo, la banalidad, la insatisfacción, la ansiedad, el egoísmo, el aborto indiscriminado, la ideología de género, la llamada ‘gestación subrogada’, el transhumanismo, la soledad y la eutanasia.

A este campo de acción político de dimensiones planetarias, se ha sumado, por un lado, un consenso generalizado acerca de que la pandemia del coronavirus está operando como el factor definitivo de impulso en la dirección de ese cambio de paradigma de las relaciones sociales, morales, culturales, individuales y políticas, en el interior y el exterior de los estados y las sociedades que los soportan; y, por otro lado, una voz minoritaria, pero no irrelevante, de que se puede estar ante una llamada de atención universal —sea de origen divino, para los creyentes; o natural, para los descreídos— con el fin de que los seres humanos, seres sociales, esto es, políticos por esencia (Aristóteles), nos replanteemos si, aquel camino que parece que se da ya por inevitable, lo es en efecto, y si queda alguna raíz de donde extraer la savia de una restauración sólida del sentido de la vida individual y social en sus ámbitos político, moral, cultural.



Naturalmente, Europa, sus naciones y su Unión Europea —ya, muy castigada con la crisis financiera y económica de 2007 y el *Brexit*—, no es ajena a este poderoso movimiento mundial dominante, como tampoco, por si no fuera suficiente con lo anterior, a los terribles efectos del coronavirus. La cuestión, entonces, a escala regional, consiste en preguntarse —sin que constituya provocación alguna— si esto que nos está aconteciendo a los europeos en particular puede ser también una oportunidad para recrear los pilares de la Unión Europea, con el fin de que vuelva a sus raíces, a sus cimientos, a sus principios para evitar que nuestra casa común, que comenzó siendo edificada prudentemente sobre roca, no acabe despertándose un día con el macabro descubrimiento de que ha sido sustituida por ruinoso arena. Adenauer, De Gasperi, Schuman, Monnet, fundadores de una unión de Europa en la era contemporánea, actuaron sin lugar a dudas desde sus profundas convicciones cristianas y religiosas. Los tres primeros, además, fueron notorios católicos.

Sobre esta preocupación, ha escrito Rémi Brague, en *Por una Europa fiel a la dignidad humana*, que, «en las últimas décadas, Europa parece haberse quedado sin moral. Por eso aparecen tantos síntomas de abatimiento. No se trata de que exista un conflicto entre varias visiones alternativas de Europa, sino una profunda crisis moral que amenaza su supervivencia como civilización. Queda por determinar si esta crisis dará lugar a un renacimiento o si se trata del anuncio de un crepúsculo, del fin de Europa».

En esta línea, han de entenderse las palabras que pronunció Jaime Mayor Oreja en *La defensa de las raíces cristianas de Europa*: «Tenemos que ser capaces, atrevernos a dotar de más alma a Europa. La Europa de los padres fundadores de la Segunda Guerra Mundial se caracterizaba porque estaba plena de alma y apenas tenía cuerpo. Hoy, por el contrario, hemos construido una Unión que indudablemente tiene cuerpo, pero apenas tiene alma, porque hemos olvidado sus raíces cristianas, sus pilares, sus fundamentos, su razón de ser, su ambición política, que solo puede ser el fruto, la consecuencia de una profunda dimensión moral. Si no hay dimensión moral, nunca habrá ambición política».



No se trata, y menos tal y como está el patio, de que todos los europeos sean cristianos, ni menos católicos —esta decisión corresponde a la conciencia de cada uno y a su libérrima voluntad ante semejante llamada—, sino de asumir con naturalidad, es decir, con verdad, el hecho indubitable de que nuestra civilización hunde sus raíces también en el Cristianismo, y, en consecuencia, considerarlo también en las instituciones y las medidas políticas y jurídicas que se adopten en la Unión Europea para encarar la crisis general que, acelerada o enconada por el coronavirus, padecemos los europeos y los individuos integrantes de la llamada civilización occidental.

Afirmaba el cardenal Martini que la identidad europea estaba anudada inseparablemente al cristianismo. Los papas san Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco han recordado de forma recurrente que se tengan en cuenta las aportaciones espiritual, intelectual y cultural del cristianismo a la construcción europea.

Al menos, desde los emperadores Constantino y Teodosio (siglo IV d. C.), la influencia del cristianismo en la vida de los pueblos europeos, tanto en sus planteamientos sociales, como en sus estructuras políticas, es incuestionable. A este se deben añadir los otros dos pilares de lo que llamamos Occidente, Europa. Son a saber; la filosofía y la ciencia griegas, y el derecho y las instituciones públicas y privadas romanas. Dicho de forma poética, Europa es fruto de la herencia de tres ciudades eternas: Roma, Atenas y Jerusalén.

Respecto del cristianismo en Europa, este se divide en dos en 1054 (catolicismo-ortodoxia) y, desde el siglo XVI, hay que sumar el protestantismo. Pero la fe en el Resucitado de Nazaret sigue siendo el sustrato común y general de todos los países europeos. Y lo sigue siendo aun después de la Ilustración del siglo XVIII y la Revolución Francesa (libertad, igualdad, derechos fundamentales y división de poderes); cuando triunfan las fuerzas políticas que tratarán de implantar la Europa laica de la modernidad, cuyos valores, de fondo cristiano, experimentan una intensa transformación por medio de la racionalidad analítica, abstracta e instrumental.



Ante la evolución de la política frente al cristianismo en el mundo y en la Europa burguesa, y la revolución comunista en Rusia, China y tantas partes del mundo, el catolicismo, en particular, ofrece la respuesta del Concilio Vaticano II, que es el gran esfuerzo de la Iglesia por adaptar (*aggiornamento*) su mensaje a las condiciones y la sensibilidad de la época postmoderna (libertad religiosa, ecumenismo, diálogo entre religiones, entre otros importantes extremos). Pese a ello, el mundo occidental y, por tanto, el europeo y la construcción de su unión, sigue alejándose de los principios cristianos sobre los que se cimentó el proyecto.

Sin embargo, la consideración por los poderes de la Unión Europea de las raíces cristianas que están en su origen puede ayudar precisamente a restaurar las heridas internas, el camino de su unidad y su liderazgo en la luz de la humanidad. Ese espíritu y humanismo cristianos pueden operar en el interior de la Unión Europea a favor de la concordia en su pluralidad social (religiosa, cultural, étnica) con la laicidad (que no es laicismo); y, en el exterior, a favor de construir puentes entre Occidente y el mundo asiático, entre Occidente y los países musulmanes, entre Occidente y la olvidada África, entre judíos y palestinos; y, por supuesto, a través de España y Portugal, en conservar y fomentar la conexión natural con Iberoamérica.

DANIEL BERZOSA ES PROFESOR DE DERECHO CONSTITUCIONAL Y ABOGADO